



QUIMERA

NOVELA POR ENTREGAS

por Antonio Moreno Álvarez

Capítulo 4

Soñar, tal vez morir

Ahora me dolía mucho más la cabeza y tenía la boca seca, muy seca. Sólo pensaba, una y otra vez, en tomarme una copa. Volvía a recordar la promesa hecha a Michelle y me maldecía a mí mismo por cómo habían ido las cosas. De pronto mi mente se fue a una película muy antigua donde un personaje femenino decía... "no soy mala es que me han dibujado así..." Me sorprendía ver cómo vagaban mis ideas por la cabeza en momentos como éste.

Miraba a El-Abuelo de reojo, que estaba con el ceño fruncido y los labios ligeramente apretados en un rictus de pensamiento profundo. Michelle miraba alternativamente al Jefe y a Finger. Fazzoletti tecleaba algo en su ordenador portátil y de vez en cuando Finger miraba la pantalla. Lo-Wan no mostraba ni un solo signo de emoción, no sabía si estaba preocupado, enfadado o aburrido, o todo a la vez. La parejita de suecos se lanzaba miradas cómplices que no podía entender. Eve se había acurrucado en el asiento y parecía más pequeña que unos minutos antes. Solojohnny estaba como ausente, seguro que no había comprendido muy bien el sentido del mensaje, supongo que pocas personas en la sala lo habían comprendido, y yo no era una excepción. No lo entendía, para qué engañarnos, pero notaba algo peligroso en aquella mascarada extraña y absurda.

Tras el mensaje, durante lo que me pareció una eternidad, nadie dijo nada. El primero en reaccionar fue Finger, que en el tono neutro que siempre había usado, ordenó "cuarentena informativa" para todos los presentes.

Tres pacificadores y varios cabezones entraron en el despacho. Nadie dijo nada, nos mirábamos extrañados, confundidos. Automáticamente nos fuimos desplazando hacia los ventanales, al final de la sala. Lo-Wan y los suecos salieron acompañados de Finger y Fazzoletti sin mirar atrás. El Jefe



se acercó a ellos casi hasta la puerta, con la intención de decirles algo. Fue empujado, muy cortésmente, por uno de los pacificadores, y se unió a nosotros en la zona de ventanas. El-Abuelo fue el único que se quedó sentado y sacó tranquilamente su tarjeta, poniéndola encima de la mesa.

-Tarjefichas, por favor -dijo uno de los pacificadores a todos los que estábamos allí.

-No la tengo aquí, la he dejado en otro despacho -dijo Solojohnny un poco nervioso.

-103, acompañe al ciudadano a por su tarjeficha -dijo el pacificador en tono de jefe a subordinado.

-¿Qué va a pasar ahora? -preguntó Eve ingenuamente.

-Nada, simplemente están en cuarentena informativa, no pasa nada. En cuanto se tomen las decisiones oportunas, les serán notificadas - contestó mientras recogía la última tarjeta.

-¡Esto es ridículo! -estallé-. No hemos hecho nada, sólo lo que se nos pidió. Trabajamos para estos señores, esto es simplemente... ¡absurdo!

-Señor -mirando la tarjeta con atención- Deckard, le ruego que se calme. La comisión será la encargada de decidir. No es una detención oficial, sólo...

-Una cuarentena informativa, ya lo sé... -dije elevando el tono- los eufemismos no me gustan demasiado.

Justo en ese instante, volvió Solojohnny. También entraron varios pacificadores más y cada uno de ellos se dirigió a uno de nosotros acompañado de un cabezón.

-Señor Deckard, soy el pacificador 422 -dijo en tono monocorde y afectado dirigiéndose a mí-. Estoy asignado a su cuarentena. Mi obligación es protegerlo y evitar el "contagio informativo", por favor, colabore. Cualquier resistencia, obstaculización, comentarios a terceros, recepción o envío de información en cualquiera de sus formas o cualquier otra actividad no recogida en la Ley de Protección Informativa, será sancionada en el instante mismo en que tenga lugar. Ahora, por favor, colóquese el casco por su propia seguridad.

No me había fijado, pero todos traían colgado del cinto una especie de casquete negro. Cuando me lo puse, me di cuenta que me cubría los ojos y los oídos. En cuanto lo tuve colocado, una vibración y un ligero siseo me indicaron que se había activado algún cierre magnético o similar, el casco se me pegó a la cabeza y no parecía moverse ni un milímetro. El pacificador me cogió del brazo y empezamos a andar, no oía ni veía nada. Ni siquiera me atrevía a decir palabra.

Tras bajar en el ascensor, me metieron en una especie de vehículo



terrestre. Me ayudaron a sentarme en el banco metálico que había en el interior. No sabía si estaba solo o acompañado, ya que ni veía ni oía nada; lo que sí sabía es que tenía la boca seca. Me puse a repasar un poco este maldito rompecabezas y por qué había aceptado este trabajito.

-Desde que me llamó el Jefe, debí haber dicho que no a la oferta -pensé-. Claro, que él tampoco parece haber salido mejor parado, ni Michelle tampoco -sonreí mentalmente-. La muy rata, siempre jugando a diez bandas, lo que pasa es que es tan obvia que resulta graciosa. Todavía me acuerdo de cuando estábamos enrollados y salía con Merck. Qué será de ese granuja ahora, hace años que no sé de él. Lo último que recuerdo es que montó en el Mall Tecnológico de Lisboa una empresa de biocircuitos.

Al cabo de un buen rato, el vehículo traqueteó al compás del terreno irregular. Vibraba como si fuera por algún firme desigual. En aquel momento caí en la cuenta que no sabía cómo demonios se estaba moviendo el furgón, o lo que fuera, si los sensores de tráfico estaban estropeados. Supuse que estos tipos debían tener máquinas autónomas que no dependían de las señales estándar de circulación. En el silencio en el que me encontraba, un leve siseo me llamó mucho la atención.

-Envío de información autorizada, código 107113BK. Deckard, agárrese a las barras que hay a izquierda y derecha de su asiento -dijo una voz a través de los sensores auditivos del casco, tras lo que se oyó otro siseo y luego silencio.

Como pude, tanteé a los lados y encontré unas barras, a la altura del asiento, donde me así con fuerza. Al poco, el furgón comenzó a moverse como si estuviera en mitad del campo. Tanto se movía, que había veces que golpeaba con la espalda en el interior del vehículo con gran violencia. Mi única preocupación ahora era agarrarme y no caerme o golpearme con algo. Cuando me acostumbré a lo dificultoso del terreno y me pareció que le había pillado el truco, pensé en los otros.

-¿Dónde estarán? Irán conmigo en otro compartimento o quizás a pocos metros de mí, o habrán corrido otra suerte... -pensé, mientras me humedecía los labios, que estaban secos y algo cuarteados-. Lo que daría yo ahora por un "King Creole".

Pasó otro gran período de tiempo hasta que, de pronto, el vehículo se detuvo bruscamente, supongo que a causa de un frenazo. Noté algunas vibraciones fuertes y una bocanada de aire frío del exterior entró por la parte izquierda de donde estaba sentado. Otra vibración y dejó de entrar aire fresco. Un fuerte golpe en el exterior del chasis.



-¿Y ahora qué pasa? -pensé.

No sé cuánto tiempo estuvo el vehículo parado, me era imposible calcular el tiempo sin ver ni oír. Al cabo de un buen rato comenzó a moverse de nuevo y volví a agarrarme a las barras. La idea del jefe de seguridad de Dune Inc. muerto me asaltó de golpe.

-Este maldito puzzle no encaja; no tengo toda la información, claro, pero hay demasiadas piezas sueltas. Quizás algunas sean de este rompecabezas, quizás no, pero, ¿por qué me dijeron lo de la muerte de Stiff? ¿Para ver mi reacción? A mí ese capullo me caía tan bien como un alacrán en el bolsillo, y debió notarse claramente -pensé mientras el vehículo se inclinaba hacia abajo en el sentido de la marcha, o sea que estábamos bajando.

Durante un buen rato iba haciendo eses y bajando, como si recorriera algún lugar lleno de curvas a derecha y a izquierda, hasta que, de golpe, el terreno volvió a ser liso. Dejamos de bajar y de dar bandazos en las curvas, estuvimos horas por alguna zona con grandes rectas y con buen firme. Entre la oscuridad y el cansancio de los días anteriores, me quedé dormido, apoyando la cabeza entre otra barra que había a la altura de la cabeza y el propio interior del vehículo. Veía las caras de Eve y Michelle como si estuvieran bailando sobre el agua. Yo las miraba desde una plancha de madera que había sobre el mar y me reía mientras jugueteaban sobre las olas, flotando sobre el océano verde-azulado. Luego caí en sueño profundo.

Me desperté tumbado en el asiento de metal, de la parte izquierda entraba aire fresco y la sensación de frío me hizo volver de los brazos de Morfeo. Me incorporé y algo golpeó en el casco, supongo que una de las barras que estaban a la altura de la cabeza. Me froté las manos, para quitarme el frío y me di cuenta que el furgón se había detenido por completo. Una ligera vibración y un siseo en los auriculares.

-Hola, Deckard, bienvenido a la Compañía -me dijo una voz.

-Esa voz... es... esa voz es la del tipo del msg, la del skiny -las palmas de las manos comenzaron a sudar, mientras pensaba qué hacer. Estaba sentado en un lugar que no conocía, en la oscuridad y en silencio total, ahora roto por la voz del skiny. ¿Y si era una trampa, para que dijera algo y los pacificadores me machacaran por hablar? ¿Y si era el skiny?

Una mano enguantada me estrechó la mano derecha, como si me saludara efusivamente, en el casco volví a oír su voz.

-Todavía no estás preparado para salir a escena, pero pronto lo estarás. Ya lo verás.



La persona de la mano enguantada me cogió del brazo y me incorporó, indicándome cómo bajar del furgón. Al principio pensé que el skinny se había colado, otra vez, en la red y había accedido de alguna manera al sistema de comunicación de mi casco. La duda me estaba royendo las tripas, así que me decidí a comprobar lo que me decía mi intestino.

-¿Eres tú, verdad? -dije con cierto miedo, después del aviso del pacificador. Si me equivocaba y estaba rodeado de ellos no sabía si me darían una paliza allí mismo o me volverían a leer mis derechos en tono aburrido y monocorde.

-No hace falta que grites, te oigo perfectamente, Deckard -me dijo la voz del casco-. Tus ojos siempre han mirado pero no han querido ver el mundo que le rodeaba. Pronto verás de verdad, verás el mundo real.

Continuamos andando un rato. Mi lazarillo me dirigía cuando había que subir algún peldaño o girar, o agachar la cabeza. Me agarraba con fuerza del brazo, pero sin hacerme daño. Por cómo me sostenía, parecía un tipo grande y corpulento.

-Quitame este maldito casco -le dije buscando ver su reacción, sabía que si no me lo había quitado ya, era por alguna razón que no conseguía adivinar.

-Una vez, un ciego fue a ver a un curandero para que le sanara la ceguera. El curandero le contestó que eso no lo podía curar ni él ni ningún hombre sobre la Tierra. Como el ciego insistía en que tenía que existir un remedio, el curandero respondió enojado que ve más el que es ciego que el que está ciego.

-Ya -contesté un poco preocupado al saber que no estaba dispuesto a dejarme ver y oír-, no quieres que te vea y te delate, ¿verdad?

-Cuando sepas mirar y entender lo que ves. No estás ciego completamente, pero tienes la visión borrosa.

-¡Quieres hablarme claro de una jodida vez!

-Ya hemos llegado.

Me ayudó a sentarme en una especie de sillón y se fue.

-Eh, eh, ¿dónde vas, qué pasa ahora, dónde estamos? ¡Eh! -dije un poco asustado. Lo peor de todo era no poder oír mi voz. No sabía si lo que pensaba mis labios lo repetían, o cuándo hablaba y cuándo no. Esta privación sensorial era terrible. Al cabo de unos minutos sentí una ligera vibración y un siseo. El casco estaba desmagnetizado y se movía levemente. Agobiado como estaba, ciego y sordo, con la ansiedad del que se ahoga en el mar y busca el aire para salir a flote, me quité el casco y caí



en un profundo sopor, oscuro y con olor a mohó.

Lentamente, me incorporé de la cama. El maldito temper seguía estropeado y la habitación estaba helada. Me di cuenta de que estaba completamente desnudo y tenía mucho frío. Cogí las sábanas térmicas y me arrojé con ellas, para no quedarme como un carámbano. En el cuarto de baño parpadeaba la luz roja de recepción de un nuevo v-msg.

-Esto se repite, seguro que es una jodida pesadilla –pensé intentando quitarme de la cabeza la banda de música que seguía aporreando tambores.

Me miré en el espejo, tenía un aspecto horrible, con ojeras y barba de varios días. Desde allí, le di a la tecla de recepción de mensajes. Esperaba ver la cara del Jefe, en esta absurda repetición, pero quien estaba allí era el skiny, en su imagen 3D de bufón con cara de smily.

-Bien, Deckard, estás de vuelta en casa. Supongo que te preguntarás muchas cosas. Niño malo, no debiste escapar de la cuarentena informativa. Ahora van a darte caza y te eliminarán en cuanto te pillen, se acabó el guante blanco contigo, por fin te has convertido en un fugitivo. Ahora sabrás lo que se siente y entenderás más cosas. Si no, te eliminarán y punto. Por cierto, que dentro de poco irán a buscarte ahí, yo de ti me iría ya. Ve a la Whale Pool, a lo mejor alguien te ayuda, o a lo mejor no.

La pantalla se quedó en negro, volví a pasar el msg para entender bien todo lo que me había dicho. Me dirigí a la cocina después de mojarme la cara y secarme con las sábanas. Me arrojé con ellas, la cocina estaba más fría todavía. Busqué lactocafé y me acordé de que no quedaba.

De pronto, oí ruidos en la escalera de acceso a mi apartamento. Instintivamente conecté la cámara de vigilancia en el monitor de la cocina, limpié con el dedo una zona de la pantalla para ver más claramente a un grupo de pacificadores. Salí corriendo a buscar algo de ropa, cuando les oí acercarse a la puerta. Cogí lo primero que encontré y me tiré de cabeza por el tubo de la lavandería. Justo cuando se oía el estallido del cierre eléctrico de la puerta de casa. Llevaba la sábana agarrada con la mano izquierda y con la derecha intentaba no perder la ropa que había cogido, hasta que caí en un contenedor de ropa sucia.

-Al menos es mi ropa sucia -dije riéndome de lo absurdo de la situación.

Me dolía el codo y la rodilla y como se estaba cómodo entre tanta ropa, por un instante pensé quedarme allí a dar una cabezada. Hasta que reaccioné, me puse en pie en el contenedor y vi qué ropa había cogido.



Unos pantalones negros, una camiseta verde con el texto "Tatyana Kosheleva" y un chaqueta de "sinte" marrón.

En la calle, los problemas no habían hecho más que comenzar. Como sabía que los pacificadores no tardarían mucho en darse cuenta de la jugada, tenía que poner tierra por medio y salí corriendo. Al llegar al primer cruce me di cuenta de que no podía insertar mi tarjeta en ningún poste de control de la ciudad, primero porque no la llevaba y segundo porque me localizarían en cinco segundos, antes o después me pillarían.

Recordé una tienda que había al final de la calle. Me salté tres postes de control y cuando llegué al escaparate, vi que estaba cerrada. Sin dudar un instante, rebusqué entre la basura del callejón al lado de la tienda hasta que encontré una barra de metal y con ella partí el cristal, las sirenas comenzaron a sonar pero ya me daba igual. Cogí un pequeño portátil de última generación que había en el expositor y seguí corriendo. Hasta que llegué a un callejón que me pareció seguro o muy inseguro, depende de como se mire. Me escondí entre varias cajas de madera, entre la basura que se acumulaba en la asquerosa calle. A la derecha, una verja me protegía. A la izquierda quedaba el final de la calle que daba a la avenida. Ni un alma en las ventanas, y ningún "snuff" por allí.

Conecté el portátil y, como ya me imaginaba, llevaba incorporado una conexión telefónica celular de última generación, eso era lo bueno. Lo malo es que no tenía cuenta, así que me conecté al servicio de comunicaciones general de la manera más inocente, como si quisiera solicitar una cuenta de comunicación. Elegí del menú la opción nueva cuenta y solicité información sobre los servicios. Como no quería que nadie me oyera, toda la operación la estaba haciendo tecleando a mano en el ordenador. Mientras accedía a la información de servicios, se me asignó un número de cuenta temporal para poder enviarme por correo digital los datos que había pedido. En ese momento, me lancé a la consola de órdenes buscando un agujero en el servidor de cuentas. Sabía de sobras que ahí estaba el punto débil del sistema, al ser un programa demasiado abierto: Tiene que informar a toda la red del planeta de que existe un nuevo usuario sin demasiadas restricciones ni filtros.

Me llevó más tiempo del que esperaba, pero por fin encontré un agujero tan grande como una catedral en un puerto que se usaba para protocolos internos. Por ahí pude entrar al sistema y crearme una flamante cuenta de correo digital y de comunicaciones.

No sé por qué, pero usé el nick Harkonen. Lo primero fue anular mi señal de los detectores callejeros. Eso me llevó un buen rato. Hacía unos cuantos años me encargaron que le hiciera un parche al jodido programa de



detectores y no lo hice del todo mal. Así que, directamente me hice desaparecer del sistema de sensores. Al menos hasta el chequeo de la semana que viene, entonces se darían cuenta y me colocarían el primero en la lista de los más buscados.

Una vez dentro, decidí comenzar una búsqueda organizada de El-Abuelo, Michelle, o cualquiera que hubiera estado en la sala. En alguna parte estaría la ficha de los pacificadores diciendo dónde tenían a El-Abuelo. Me colé en el sistema de seguridad de la ciudad y allí había de todo, menos lo que buscaba.

-¿Cómo puede ser que no haya nada? -me preguntaba, mientras me acomodaba el portátil entre las piernas.

Comencé a buscar sobre mí, seguro que algo encontraría. Tras un buen rato me di cuenta que tampoco había nada. Eso sí que no lo podía entender. Una de dos, o no lo podía encontrar o nunca había estado, y el segundo caso era el que me ponía los pelos de punta.

-¿Qué quiere decir que no estemos en ningún informe de los pacificadores?

Me dolía el codo y la rodilla y más en esa posición, tenía frío y sueño. El estómago me hacía ruidos como si fuera un desagüe. Y sobre todo, no sabía qué hacer.

Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

***Quimera*. Novela inédita por entregas. Capítulo 4.**

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.